

Pero no tuvo mas remedio que ir á Ratisbona, donde le llamaban asuntos de la mayor importancia. Corria el año de 1541 y se apoderaba del alma de Carlos V, á la vista de las perturbaciones europeas y de los triunfos turcos, el pensamiento de union é inteligencia entre la Iglesia luterana y la Iglesia católica, entre la autoridad antigua y la nueva revolucion. Alemania tendia indudablemente á entenderse con Roma por medio del dulce Melanchton; y Roma tendia indudablemente á entenderse con Alemania por medio del sabio Contarini. Este, por su mal, se hallaba, en tanto momento, acompañado y asesorado del Nuncio Morone, quien hallaba en la práctica dificultades que no veia Contarini en la ciencia, como á su vez Melanchton se hallaba de Calvino asesorado, quien veia mas facilidad de transigir con Roma en las difíciles cuestiones de dogma que en las fáciles de organizacion y de disciplina. Contarini opinaba por que el nuevo espíritu se organizase dentro de las formas revestidas por la vieja Iglesia; y Calvino creia que no bastaba con el nuevo dogma y con la nueva moral, sino que urgia tambien otro nuevo y mas fuerte organismo en la Iglesia. Impacientábanle, pues, todos los aplazamientos y maldecia del comisario, doctor Eck, á quien ya hemos conocido por su ligereza y por su violencia, en la historia de Lutero. Además, un pensador lleno del espíritu nuevo, consagrado á la nueva fe, que levantaba penosamente la Iglesia pura de Cristo en la sociedad mas espiritualizada, todo idea, todo religion, no podia, no, avenirse con aquellos príncipes reunidos en Ratisbona que sacrificaban á cualquier distraccion ligera los principios del dogma y los intereses del alma; ni con aquellos luteranos, que, despues de haber renovado la fe, conservaban las imágenes sobre los altares y las luces ante las imágenes.

El dogma de la trasustanciacion, explicado por Melanchton á instancias de Carlos V, parecíale un retroceso punible hácia la Edad media, y una transaccion inútil con la Iglesia católica. Movido el reformador de tales ideas prestábase bien poco á las transacciones ideadas por el César para unir las dos Iglesias y llevarlas al combate con los turcos y su jefe Soliman, cuyas banderas ondeaban por las orillas del Danubio y envolvian como en siniestro sudario las tierras de los húngaros. Calvino contendió, por medio de su pluma, indudablemente mas audaz y mejor templada que su palabra, con el cardenal Contarini, quien proponia la conciliacion; contendió con el Nuncio Morone,

quien atizaba la guerra; contendió con el cardenal Farnesio, quien traia en sus escritos y en sus discursos las ideas mas íntimas de Paulo III; contendió con los mismos correligionarios suyos, quienes, atraidos por los prestigios del Pontificado y sujetos por la fuerza del Imperio, desertaban la doctrina evangélica en parte y pedian una tregua y hasta una transaccion estrecha con los mismos errores que habian combatido y condenado en tantas y tan heróicas luchas coronadas por inmarcesibles victorias. La presencia de Calvino en las dietas germánicas no alcanza el esplendor que la persona y la figura de Lutero en casos y en momentos análogos. Su vida no brilla con las grandiosas incidencias de la vida tempestuosa que trasfiguró en uno de los personajes indudablemente mas legendarios del mundo á su ilustre antecesor. Pero el influjo secreto, el consejo prudentísimo, la carta escrita con elocuencia, las admoniciones pensadas con madurez, los procedimientos propios y especiales de Calvino tienen virtud singularísima é influjo soberano en este grave período de la historia y contribuyen mucho á impedir transacciones que hubieran disminuido toda la importancia y toda la trascendencia de la revolucion religiosa. Su punto de vista fijo y concreto, no podia contestarse con fortuna. Para él, si con verdad procuraba el Catolicismo una inteligencia con el Protestantismo, debia comenzar por recurrir al Evangelio puro, y quitándole comentarios y ampliaciones baladfes, cánones latinos y paganos, ritos orientales, fundar la union estrecha de todos los cristianos en la pura persona y en la primera doctrina de Cristo, El Pontificado, poder esencialmente histórico, forcejeaba por conservar su autoridad basada en la historia; y no se avenia sin grande riesgo de perderse, ó por lo menos de quebrantarse, á la renovacion evangélica, en la cual, muy léjos de hallarse las raíces de una monarquía imperial como la erigida por los Papas, hallábanse las raíces de una República liberal como la deseada por los modernos puebllos. Inútil, pues, todas las transacciones urdidas en Ratisbona é inútil todo pacto entre la Iglesia católica y la revolucion religiosa. Tiempo perdido todo aquel tiempo. Así el reformador bendijo la hora, en que, desengañado Contarini, herido Morone, perplejo Melanchton, exhausto Eck, imperioso Farnesio, exigente Paulo III, impacientísimo el César por la presencia del Sultan á las puertas de Alemania, se suspendió la conferencia de Ratisbona y se remitió todo pacto al conocimiento y jurisdiccion de un futuro concilio.

Entre tanto, acabábanse los días del año 41 y Calvino volvía de nuevo á Estrasburgo. El pleito entre Ginebra y Berna pasaba entonces á la ciudad de Basilea, encargada del arbitraje; y muchos creían que estaba en el caso Calvino de aguardar á una sentencia definitiva, para no presentarse allí en tiempo de perturbaciones y de incertidumbres. Ginebra, por su parte, no podía proceder mejor, arrepentida como estaba de haber expulsado en días nefastos, á quien le diera tanto esplendor y tanta gloria. Su Consejo revocó públicamente las antiguas ordenanzas contra Calvino, y no bastándole tal revocacion, interesó á las ciudades principales de Suiza y aun de Alemania, para que intercedieran por su causa, pidiendo á Estrasburgo la licencia indispensable al anhelado regreso de su apóstol. Este, indeciso entre las inclinaciones al reposo y las inclinaciones al combate, unas veces pensaba permanecer en Alemania y otras ir á Ginebra, sabiendo que le aguardaba la palma de los combatientes y de los mártires en un punto y el laurel de los pensadores y de los filósofos en otro. Después de su paso por Ratisbona, la resolución de ir á Ginebra se había por completo apoderado ya de su ánimo; pero apelaba á medios términos y á aplazamientos, como si necesitase de algún reposo para tomar aliento en vista del próximo combate. Estos aplazamientos incomodaron á Farel, tan empeñado en su vuelta, y le movieron á escribir carta vehemente á Calvino, en cuyo contexto le amenazaba hasta con privarle de su antigua y fraternal amistad. Humillóse la frente de Calvino al hermano del alma y nunca apareció tan grande como en estas humillaciones del entendimiento á la amistad.

Por fin, partióse de la ciudad de Estrasburgo á fines de agosto, con la inquebrantable resolución de ir á Ginebra. Su primer parada la tuvo en Basilea donde se presentó al Consejo, que le recibiera con agrado y le confiara cartas para el gobierno ginebrino. De Basilea pasó á Soleure; y una vez en Soleure cambió el plan de su viaje, al saber una desgracia sucedida por su excesivo celo en la ciudad, donde fijara definitivamente su hogar, al celoso y exaltadísimo Farel. Habiendo este dirigido censuras públicas contra un ciudadano de calidad en ardiente sermón, á fines de julio pronunciado, conmoviéronse los ciudadanos y decretaron tumultuariamente su expulsion. Imposible al afecto de Calvino pasar adelante, sin atender al hermano del corazón y al correli-

gionario del alma. Personóse, pues, en Neufchatel, donde, ayudado por Viret y asistido por las ciudades vecinas, logró, si no entonces, en que la lucha estaba demasiado reciente, para más tarde, preparándola con habilidad, una reconciliación. Desde Neufchatel pasó Calvino á Berna; y en Berna obtuvo las mismas consideraciones y las mismas cartas que obtuviera en Basilea y Estrasburgo.

Por fin llegó al sitio donde había de pasar la segunda mitad de su existencia. El arribo no movió ruido alguno, disimulado por el reformador, á fin de impedir algazaras inútiles en la ciudad, y fiestas repulsivas á su temperamento. Ginebra, que votara treinta y seis escudos como paga del heraldo expedido á requerirle y acompañarle, apercibióse una casita cerca de San Pedro, humilde y honrosa vivienda, breve, pero propio nido de alma tan extensa en aspiraciones como corta en necesidades, y que se complacía en descubrir, desde su modestísimo y recatado jardín, las altas cimas del Jura y las celestes aguas del Lemán. Calvino era ya otro. Llegado la primera vez á Ginebra, en edad temprana, cuando contaba veinticinco años escasamente, había llegado á los treinta y dos entonces y adquirido la madurez propia de tal edad privilegiada. Su trato con los hombres superiores de la revolución, su estudio de las ciudades eminentemente revolucionarias, sus trabajos en tan continuadas conferencias, su conocimiento de esa Alemania que tenía la idea nueva en su cerebro, dábanle á los ojos de todos un aumento de valor moral, el cual por necesidad inevitable también había de aumentar el poder maravilloso de su palabra y de su acción, acrecentadas por ideas más amplias sobre las cosas, por conocimiento más profundo y concienzudo de los hombres, por convicción bien arraigada é íntima de que no basta para el bien una voluntad veheméntísima, sino una voluntad firme, serena y constante, de reflexión tan profunda como la misma reflexión de su inteligencia, luminosa y experta.

Calvino procedía bien recatándose de las muchedumbres. Su figura no sedujo á ningún pueblo, porque no tenía la prestancia que suele acompañar á los héroes como un talismán prestigioso. Su corta estatura, seco rostro, su color cetrino, sus ojos pequeños, aunque vivos, la femenil timidez y excesiva modestia de su aire, la escasa facilidad de su palabra, la flaqueza de su

salud, quitábanle de consuno el imperio moral con que otros mas afortunados subyugan á las muchedumbres. A últimos del mes de setiembre presentóse al Consejo. De primera intencion, propúsose recordar el injusto destierro y justificarse ante sus antiguos jueces de las acusaciones lanzadas á él y á sus compañeros. Pero las muestras de sincero entusiasmo estallaron á su vista con tal estruendo, las palabras de profundo cariño le siguieron con tal fidelidad, que, recordando aquellas tristezas borradas por el tiempo y por el arrepentimiento, hubiera dado á sus frases, aunque las escogiera dulcísimas, vislumbres siniestros de rencor y de venganza. Así, redujose la presentacion á una protesta firme de su empeño en servir á Ginebra elevado á una obligacion de su existencia, y al voto de gracias dado por el Consejo á las ciudades que habian movido y preparado aquella definitiva reconciliacion.

Su instalacion tomó el carácter de sus resoluciones, el carácter de quien desea pasar la vida y aguardar la muerte en sitio escogido con deliberacion por el propio albedrío. Ginebra le dió un carro y dos caballos para que trajese á su seno, familia, ajuar y menaje; le dotó con una renta que valdria unos diez y seis mil reales de hoy; le señaló varias medidas de vino y trigo; le compró paño y pieles para vestirse. Calvino, desde los primeros instantes de su reinstalacion, pugnó por corresponder á tanto afecto y convertir en frutos sazonados las flores de aquellas esperanzas. Pidió á Dios de rodillas su gracia para que le auxiliara en el empeño de procurar el bien universal, no sin decir de antemano, que mucho podía y valia su propia voluntad. Las dificultades alzábanse á su paso como encrespadas olas y los vientos contrarios le azotaban por todas partes. No se satisfacía con la verdad abstracta y dogmática y pura, queria mezclarla en la masa de los hechos corrientes, de las costumbres públicas, de la vida real para que fuese como el pan y el alimento de todos los dias. Teólogo, canonista; reformador religioso, no le bastaban ninguno de todos estos grandes caracteres, deseaba completarlos con una especie de gobierno, que sin dejar de ser espiritual, fuese coercitivo, á fin de que las ideas nuevas penetraran á una en las leyes de la vida individual y en las leyes de la complicada sociedad.

CAPITULO VIII

OBRA DE ORGANIZACION

No se dió el reformador mucho tiempo de reposo. Apenas llegado á la ciudad, formuló el pensamiento meditado tantas veces allá en sus soledades y retiros y estudios de Alemania. La causa primera del disentimiento con Ginebra estribó en que una ciudad, republicana y democrática por su naturaleza y por sus instituciones, atribuía los justos mandamientos de Calvino á voluntariedades ingénitas al genio, por lo mismo que no estaban escritas en ningun código, ni sujetas á ninguna ley consentida y sancionada por el pueblo. Estas sociedades democráticas y republicanas solamente obedecen á las leyes á que se creen obligadas de antemano por su propio voto y consentimiento. Si las disposiciones religiosas, morales y políticas de Calvino se alzaban á leyes discutidas y votadas por todos y para todos obligatorias, con tal de asentir previamente á ellas así el Consejo ejecutivo de la ciudad y el Consejo legislativo de los doscientos como el Consejo universal de todos los ciudadanos; si entraban, por virtud de tales consagraciones, á formar parte de la legislacion general de aquella democracia, quedaba el pueblo por esta serie de actos consecutivos obligado moral y materialmente á la obediencia, sin que pudiese volverse contra el legislador, cuando era el mismo, su voluntad, su pensamiento, su soberanía. Calvino ideaba una teocracia, es decir, una manera de gobierno, en la cual la religion lo llenara todo, cielo y tierra, como todo lo llena el Creador con su aliento y todo lo dirige con su Providencia. La teocracia, pues, y la teocracia pura, expresaba la entraña de su pensamiento.

Casi todos los defensores de Calvino le defienden de tal juicio y declaran